

Domingo 19 TO-A

Jesús y Pedro en la mar alborotada

Jesús acaba de alimentar entre diez y veinte mil personas con cinco panes y dos peces.

Nada extraño que ande ahora por las aguas.

Llega a la barca con dificultad después de haber pasado la noche en oración. "Confianza, les dijo, soy yo; *no tengáis miedo*" Pedro reaccionó con su ímpetu habitual: "*Señor, si eres tú, ordéname que vaya al agua y venir a ti.*" "*Venga!*" le responde Jesús y se realiza la célebre palabra de Isaías 43, 1-3.

Por fascinante que sea, la aventura de Pedro nos recuerda nuestros impulsos y dudas de fe. Hacemos la nuestra con mucha empatía esta ímpetu vital espontáneo hacia el Señor, y alguien podría decir: "En su lugar, me parece que hubiera triunfado." — O inversamente: "Como me conozco, ni siquiera lo hubiera intentado!" — "Y tú, María, Joseba, Mónica, Ibán, ¿hubierais ido?"

Seguir a Jesús hasta el final al estilo de Pedro, comprometerse como él en lo que nos ofrece la fe de inverosímil y sobrehumano, ¿no es una representación válida de nuestra experiencia de creyentes? Por otra parte, el riesgo que tomó Pedro era tan real como el seguimiento de la narración que tanto nos sorprende. "*Al ver que había viento y empezaba a hundirse, exclamó: Señor, sálvame!*"

A menudo, Jesús exigió a sus discípulos fe y entera confianza en él.(1) Sin embargo, el miedo que Pedro ha sentido, lo sabemos muy bien. Tenemos miedo de la mirada de los demás, del hecho que pudieran ver nuestros fracasos. Tenemos miedo de un pasado difícil de asumir. Tememos incluso que el saber que tenemos miedo, es ya estar dominado por él. Las lecturas de hoy nos invitan a la confianza total y generosa con el Señor.

La experiencia de Pedro andando por el mar alborotado nos atrae y nos fascina. En el combate perpetuo de la carne y el espíritu, presentamos con seguridad el fracaso inevitable del que nos puede librar sólo el Señor.

Por la repetición de nuestros esfuerzos, por la sucesión de nuestros impulsos y de nuestros fracasos, tenemos la experiencia de la solidez de Dios. Y repetiremos una vez más: "*Verdaderamente, eres el Hijo de Dios.*"

(1) En el momento de confiar su misión al profeta Jeremías, Dios exigía la misma seguridad: "*No tiembles ante ellos; seré yo quien les haga temblar*" (1, 17)

P. Felipe Santos SDB